

to de tiempo que la obra dura en nuestras manos. Conviene leerla con cuidado, no devorarla, hacer de cada página un momento feliz pues es cada vez más difícil encontrar un libro que nos haga olvidarnos del vacío existencial, las crisis múltiples que atenazan nuestras vidas y nos hagan disfrutar del placer de la lectura casi como ya habíamos olvidado.

Ismael Grasa ofrece en *Brindis* un retrato de la familia, del individuo y de las relaciones pero es, ante todo, toda una narración de la educación sentimental del protagonista y de aquellos que comparten con él

generación (por aproximación). Un retrato generacional a la manera de los brillantemente realizados por Pérez de Ayala (en su inolvidable «tetralogía generacional») y una baldosa más de ese magnífico mosaico que confeccionan los prosistas aragoneses con sus obras (como Félix Romeo, Soledad Puértolas, Ignacio Martínez de Pisón, Fernando Sanmartín, Antonio Ansóñ o Daniel Gascón). -IGNACIO ESCUÍN BORAQ.

Ismael Grasa, *Brindis*, Zaragoza, Xordica, 2008.

Todo un descubrimiento

SERGIO Chejfec (Buenos Aires, 1956) es uno de los grandes renovadores de la literatura argentina de los últimos veinte años. Desde su primera novela, *Lenta biografía*, aparecida en 1990, hasta la que hoy nos ocupa, *Mis dos mundos*, su obra constituye un ambicioso proyecto narrativo que, sostenido con un pulso firme y unas coordenadas que bien podríamos denominar *excéntricas*, indaga con una mirada lúcida y exenta de todo prejuicio algunas de las cuestiones más resbaladizas del mundo moderno: el pasado, la identidad, el yo, la relación con los otros, la propia tarea del narrador. No es extraño que su obra se haya comparado con la de Sebald, aunque Chej-

fec elude en general la concreción del autor de *Los anillos de Saturno* y nos da una visión aún más difusa (más desarraigada, si se quiere) de los grandes dilemas del hombre contemporáneo (de la literatura contemporánea, por tanto). Chejfec conforma, junto a César Aira y Ricardo Piglia, el núcleo duro de un grupo de autores argentinos de culto que tienen como objetivo un intento deliberado de volver a pensar la literatura (su función, su utilidad, sus estrategias) desde el principio, sin el pesado lastre del realismo decimonónico. De hecho, el propio Aira (o más bien una de sus novelas, *Cumpleaños*) aparece mencionado, de forma implícita, en las primeras

líneas de *Mis dos mundos*. La trama, por lo demás, si es que puede hablarse de trama en el sentido tradicional, es sencilla. Un escritor que acaba de cumplir cincuenta años se encuentra en una ciudad inominada de Brasil, en un congreso de literatura, y decide buscar un parque de la ciudad y pasear por él. Si el lector que comienza a leer el libro sabe que la obra de su autor, Sergio Chejfec, ha sido comparada también con la de Kafka, no le queda más remedio que asistir a todos los preparativos de ese paseo con la certeza de que el personaje-narrador no llegará nunca al parque, al que desde las primeras páginas uno tiene la tentación de conferir algún sentido alegórico. Esta «esperanza de una postergación» (que cualquier lector culto que conozca *El castillo* o *El proceso* tiene interiorizada) se ve frustrada apenas comenzada la novela, cuando el narrador llega efectivamente al parque y empieza a explorarlo, en un perverso juego de espejos (desde el punto de vista de la estrategia narrativa) que nos acerca a la «teoría de la decepción» enunciada por otro escritor argentino por el que Chejfec ha demostrado gran interés, Juan José Saer. Desde el momento de esa primera decepción, el lector intuye que se encuentra ante un libro distinto, y que cualquier intento de interpretación va a constituir un error imperdonable. Resulta fácil caer en la tentación de creer que la novela propone una metáfora en la que el paseante representa al novelista y en la que el paseo constituye un reflejo de la

propia concepción de la novela. Esta simplificación, sin embargo, lleva a un callejón sin salida que impide disfrutar de su aliento íntimo, casi minimalista. El libro esboza una trayectoria que lleva de lo externo a lo interno, de lo objetivo a lo subjetivo, un viaje que marca, de algún modo, un contrapunto con el recorrido inverso que efectúa el narrador de *El paseo*, de Robert Walser, con la que comparte más de un punto en común. De hecho, en ambas novelas hay una imagen central en la que el paseante se detiene a hablar con algunos animales (un perro en el caso de Walser, carpas y tortugas en el de Chejfec) en el punto de inflexión que separa el «yo» del mundo.

En una novela que evita, al parecer de forma consciente, los nombres propios (no se nos dice el nombre del narrador, ni el de la ciudad en la que transcurre la acción), los únicos que aparecen explicitados son los de Borges (un escritor canónico) y Kentridge (un artista contemporáneo). Una vez más, en un texto impregnado de intención, la aparición puntual de estos dos nombres hace pensar en una voluntad consciente de mostrar y ocultar al mismo tiempo los procedimientos de la narración. En cuanto a Borges, la mención irónica remite a una cita atribuida al autor de *Ficciones*, aunque sus ecos también pueden encontrarse en una escena en la que el narrador imagina que un anciano sentado en un banco podría ser él mismo dentro de algunos años. En cuanto a Kentridge, cuya aparición lleva al narrador a algunas reflexio-

nes sobre el arte (tema transversal de la anterior novela de Chejfec, *Baroni: un viaje*), el análisis de su obra permite ahondar en algunos de los métodos narrativos de la novela (la mirada, la discontinuidad de lo real, los enigmas de la identidad).

Mis dos mundos es un libro a contracorriente, de una exquisita sensibilidad, que nos expone a una forma distinta de ver la realidad, aunque se trata de una visión antiautoritaria, cordial, que muestra la extrañeza del mundo con un cierto escepticismo que esconde una alegría sutil y, sobre todo, consciente (casi panteísta). Algunas de sus imágenes, por ejemplo las relacionadas con los cisnes de madera que deambulan por un lago (seres llenos de vida que se comunican con el narrador a través de gestos casi imperceptibles, a diferencia de los seres humanos, con los que el narrador tiene enormes dificultades para establecer cualquier tipo de vínculo) tienen una fuerza enorme que deja en ridi-

culo las grandes tramas emocionales de muchas de las novelas actuales.

Con *Mis dos mundos*, la editorial Candaya pretende dar a conocer en España a uno de los autores más estimulantes de la literatura en lengua española, dentro de un proyecto que pretende rescatar las obras anteriores del autor (publicadas en Hispanoamérica por le editorial Alfaguara). Cualquier amante de la buena literatura que haya disfrutado con la obra de César Aira, con la de Sebald o incluso con la de Clarise Lispector va a descubrir un libro lleno de matices, de luces atenuadas, un libro en tono aparentemente menor que propone, sin imponerla, una mirada limpia, cercana y extrañada al mismo tiempo sobre una realidad que en vano tratamos de abarcar con los débiles instrumentos con los que contamos. Todo un descubrimiento. -MIGUEL SERRANO LARRAZ.

Sergio Chejfec *Mis dos mundos*, Canet de Mar, Candaya, 2008.

El vuelo de los cuervos

NO resulta fácil equilibrar en cualquier novela la forma y el fondo sin salirse de la norma, esa línea rígida, marmórea muchas veces, que supone estar dentro del canon establecido por la crítica literaria más exigente. La mayoría de los libros narrativos que publican

hoy las grandes editoriales suelen atenerse a lo que establece la tradición; es decir, se editan novelas, sobre todo las premiadas, que apenas arriesgan en el territorio de lo estilístico. Muchos grandes autores, de fama reconocida, sólo escriben pensando en vender libros como chu-

rros, por eso se atienen a ese tipo de novela realista y decimonónica, costumbrista, que tan buen resultado está dando en España y en todo el mundo, sobre todo si está ambientada en cualquier circunstancia histórica apasionante. Así está, por ahora, el panorama literario. Y así nos va. Hay, no obstante, escritores y escritoras que saben romper con la línea establecida por las editoriales más famosas y se lanzan sin miedo a esa aventura literaria que supone rasgar las lindes y las fronteras que separan la literatura banal, realista, de las genuinas obras literarias. Es lo que siempre ha hecho, y seguirá haciendo, la escritora que nos ocupa, Eugenia Rico, una novelista que, ya desde su primer libro, *Los amantes tristes*, demostró ser una narradora excepcional construyendo un universo literario de cierto interés. Fue, no obstante, en su segunda novela, *La muerte blanca*, donde demostró su auténtica valía como escritora desplegando un lenguaje terso, firme, poético e incisivo que, en función de la materia que allí narraba, deslumbraba al lector que se adentraba en un buen texto que iba en armonía con el argumento relatado. Luego vino otro libro de Eugenia, *La edad secreta* (finalista del Premio Primavera), en nuestra opinión una novela de menos fuelle literario que su anterior, la que hemos mencionado, con la que había conseguido el premio Azorín, sin que esto añadiera nada a la categoría excepcional del libro premiado.

Nacida en Oviedo, en 1972, Eugenia Rico es, en estos momentos, la

mejor narradora de su generación, pues su estilo poético, fluido, seductor, cargado de símbolos, destella en cualquiera de sus obras ofreciendo al lector la visión de un mundo (el suyo, personalísimo) donde las estancias y los universos paralelos se van proyectando en los ojos del que lee con el mismo fulgor que, en las noches de verano, siembra en el universo una estrella fugaz, cuya luz reverbera en las esquinas del corazón. La voz narrativa de Eugenia es portentosa; así puede verse en otro de sus grandes libros, *En el país de las vacas sin ojos* (Premio Espiritualidad 2005) donde nos adentra, a través de un lenguaje plástico, rico, emocionante, en un viaje interior, y a la vez exterior, por la India. Y, ahora, llega esta nueva novela, intensa, sensorial, *Aunque seamos malditas*, que supone una nueva diana en su trayectoria, después del pequeño bache, o caída leve, que supuso su libro *El otoño alemán* (Premio Ateneo de Sevilla) que, tal vez, sea su libro más liviano y endeble, donde menos arriesga en el fondo y en la forma. Sin embargo, es verdad que, a pesar de este buen premio, o de los anteriores conseguidos, la escritora asturiana es de las pocas narradoras que no se ha dejado llevar en ningún momento por los falsos y efímeros cantos de sirena, situación en la que ya han caído tantos autores que van sólo buscando el éxito y la fama. De haber hecho eso, de haber perseguido sólo el dinero y la perdularia y huera fama momentánea, Eugenia no hubiese escrito este último libro, esta maravillosa novela -digámoslo